

demente el pié é impetró el perdon del que tanto habia ofendido á su rey y señor; y con tan estraño desenlace, que con el tiempo habia de ser trascendental á España, concluyó la guerra tan furiosamente emprendida entre el papa Paulo IV. y el rey católico Felipe II (1).

Deseoso Felipe de atraer á su partido los príncipes italianos que pudieran aliarse con Francia, hizo el sacrificio de ceder al duque de Parma Octavio Farnesio la ciudad de Plasencia, agregada diez años hacia á los dominios de España por el emperador Carlos V. su padre. Penetrando el duque de Toscana Cosme de Médicis, el mas hábil y el mas intrigante de los príncipes italianos, este propósito de Felipe, calculó el partido que podria sacar de estas disposiciones del monarca español; fijóse en el designio de incorporar á su ducado de Toscana el estado de Siena; y reclamando primeramente á Felipe el reembolso de cantidades prestadas al emperador durante el sitio de aquella ciudad, entablando despues negociaciones con Roma, amenazando aliarse con Francia, y usando de otros medios y artificios, logró al fin que Felipe le diera la investidura de Siena en equivalencia de las cantidades que le era en deber, si bien obligándose á defender los dominios del monarca español en Italia

(1) Pallavic. Hist. del Concil. Felipe II. lib. IV.—Leti, Vita di lib. XIII.—Summonte, Ist. di Napoli, tom. IV.—Cabrera, Hist. de Filippo, part. prim. lib. XII.

contra todo el que intentára atacarlos (1). Asi iba Felipe II., tan celoso como era de sus derechos, desprendiéndose de posesiones que habian costado á su padre tantos años, y tanta sangre y dinero, con tal de ir dejando sin aliados al papa y los franceses.

Libre ya el duque de Guisa de sus atenciones en Italia, y llamado con urgencia por su rey, volvióse con su ejército á Francia (setiembre y octubre), donde fué recibido como el libertador de la patria y el salvador del reino. Los pueblos aclamaban al antiguo defensor de Metz contra las formidables huestes de Carlos V., como el único que podia defenderlos del amenazante poder de Felipe II. El rey le colmó de honores y de dignidades, le hizo lugarteniente suyo dentro y fuera del reino, y le investió finalmente de una autoridad poco inferior á la suya. El entusiasmo que en el pueblo francés produjo la vuelta de el de Guisa, unido al armamento general ordenado por el rey Enrique, y á los refuerzos que de todas partes acudían, hizo temer al monarca español aun por la conservacion de San Quintin, cuyas fortificaciones apenas habia podido reparar. Abrió en efecto el de Guisa resueltamente la campaña en los últimos y mas crudos meses del año; concentró muchas fuerzas hacia Compiègne, y amenazó diferentes veces las ciudades de la frontera de Flandes.

(1) De Thou. Hist. Univers. libro XII. bro XVIII.—Pallavic. Historia, li-

Pero otra empresa era la que meditaba el general francés que cuadraba mas á su deseo de acreditar con algun hecho brillante que no sin razon habia excitado el entusiasmo público. Y cuando amagaba por el lado de Flandes, imitando la conducta del duque de Saboya que le valió la victoria de San Quintín, torció repentinamente á la izquierda, y puso sitio con todo su ejército á Calais, casi la única plaza que conservaban los ingleses de cuanto en Francia habian antiguamente poseído, pero que hacia mas de dos siglos retenian en su poder y era como la puerta que les daba entrada segura al corazon del reino. Sorprendió tan atrevido golpe á amigos y á enemigos, pues ni unos ni otros habian podido imaginarle. Penetrado él de que para salir áiroso en tan arriesgada empresa necesitaba no dar tiempo á que los ingleses socorrieran la plaza por mar, ni Felipe II. por tierra, apretó tan vigorosamente el sitio y menudeó tanto y con tanto ímpetu los ataques, que á los ocho dias, quebrantada y fatigada la guarnicion, compuesta solo de quinientos hombres, se vió obligado el gobernador inglés lord Wentworth á capitular (enero, 1558).

Dueño de la plaza y puerto de Calais ⁽¹⁾. y antes que unos y otros se repusieran de su aturdimiento,

(1) Las historias de Francia y de Inglaterra — Carta de Felipe II. al emperador Fernando, su tío, dándole cuenta del suceso de Calés (Calais): de Bruselas á 19 de enero de 1557. En la Biblioteca del duque de Osuna, y en el tomo II. de la Coleccion de documentos inéditos.

pasó á cercar á Guines que defendia lord Grey, y la batió y rindió despues de cuatro asaltos ⁽¹⁾, y procedió á apoderarse del castillo de Ham, que la guarnicion desamparó antes que él llegára.

Mucho enaltecíó el venturoso resultado de tan audaz é inesperada empresa la reputacion militar del duque de Guisa. Francia lo celebró con trasportes de júbilo, y se levantó de su abatimiento: la Europa lo admiró, y formó una alta idea de los recursos del pueblo francés: Felipe II. comprendió cuánta fuerza daba este golpe á una nacion que hacia pocos meses parecia hubiera podido él fácilmente dominar: los ingleses prorumpian en denuestos contra la reina y los ministros que los habian comprometido en aquella guerra, y condenaban y maldecian su imprevision: el duque de Guisa, lanzados del suelo de Francia todos los ingleses que moraban en Calais, y puesta en la plaza una respetable guarnicion francesa, dió un descanso á sus tropas para prepararlas á otra campaña.

(1) Carta de Felipe II á la princesa su hermana en 10 de febrero de 1558. Códice MS. de la Real Academia de la Historia titulado: «Libro de cosas curiosas de en tiempo del emperador Carlos V. y el rey don Felipe II. nuestro señor, escrito por Antonio Cereceda. C. 107, estante 33, grada 5.ª— «Despues de lo de Calés, dice la «carta, se puso el campo de los «enemigos sobre Guines, donde «mandé meter dos banderas de «valones y hasta 50 españoles, que «no se pudo hacer mas por la necesidad que habia de gente en «nuestras fronteras, estando en «parte que podian ir fácilmente «sobre Gravelingas ó Dunquerque, «que convenia tanto guardar por «ser la llave de Flandes y no estar «fortificadas: y habiendo hecho las «trincheras, en que tardaron tres «dias, le plantaron la artilleria, y «de batieron con gran furia, y lo «dieron cuatro asaltos, en los cuales los de dentro les mataron mucha gente, y al último, no les pudiendo mas resistir.... se rindieron, etc.»

Los gestiones de Enrique II. para que la Escocia moviese guerra á la Inglaterra, su vecina, habian sido menos felices. Los escoceses tuvieron la prudencia de no dejarse comprometer á tomar las armas contra una nacion con la cual estaban en paz. Pero logró el francés otro de los objetos importantes de sus negociaciones, á saber, el casamiento de su hijo el delfin con la jóven reina de Escocia, alcanzando tan ventajosas condiciones en los capítulos matrimoniales, que con ellos venia Enrique á agregar nuevamente á su corona la posesion de un gran reino; y siendo la reina de Escocia sobrina del de Guisa, adquiria éste una posicion, la mas elevada y brillante á que podia llegar un vasallo, y que era lo que podia faltar al alto prestigio de que ya gozaba como libertador de la patria y como lugarteniente general del reino.

Asi, mientras Felipe II., despues del triunfo y conquista de San Quintin, falto de recursos, que á costa de esfuerzos y sacrificios se estaban recogiendo en España, habia tenido que licenciar parte de sus tropas, imposibilitándose de atajar el progreso de las armas francesas, el de Guisa, orgulloso con los lauros de Calais, y confiado en el ascendiente que le daban su autoridad, su posicion y su nombre, llegada que fué la primavera, abrió de nuevo la campaña, y dirigiéndose hácia los Países Bajos, puso sitio á la fuerte plaza de Thionville en el Luxemburgo. Defendieronla briosamente los sitiados, tanto que de dos mil

hombres que la guarnecian murieron mil en los vigorosos combates y asaltos que le dieron los franceses durante tres semanas. Rindiéronla estos al fin (22 de abril, 1558), mas no sin grave pérdida, siendo la que mas sintieron la del general Pedro Strozzi, que murió de un tiro de arcabuz. Era el mas esforzado guerrero que tenia entonces la Francia despues del de Guisa, y el rey manifestó bien el aprecio en que le tenia y el sentimiento que le causó su muerte, vistiendo él y haciendo que se vistiera la corte de luto.

Esta victoria, junto con la que á poco tiempo en el territorio mismo de Flandes alcanzó el mariscal señor de Termes, rindiendo despues de cinco dias de sitio la ciudad y puerto de Dunkerque, atormentó el ánimo del rey don Felipe, y encendió en su pecho del duque de Saboya, en términos que juntado con toda premura una hueste de quince mil infantes y tres mil caballos, cuyo mando dieron al valeroso flamenco conde de Egmont⁽¹⁾, ordenáronle que con la mayor celeridad fuese á detener y combatir al de Termes. Encontráronse los dos ejércitos enemigos cerca de Gravelines⁽²⁾. Egmont acometió con el mayor ímpetu, y Termes le recibió con igual vigor. Indecisa estaba la victoria entre franceses y españoles, cuando una flota de doce naves inglesas que corria la costa de Francia por aquella parte, al ruido de la artillería

(1) El conde de Ayamonte, que dicen nuestras antiguas historias. (2) Gravelingas, que decian los nuestros.

y mosquetería acudió, penetrando por el río, hasta el lugar de la acción, asestaron sus cañones contra el ala derecha de los franceses, rompiéronla y esparcieron el terror y el espanto en todo su ejército. Aprovechó el de Egmont el primer aturdimiento del enemigo, y de tal manera completó su derrota, que de quince mil hombres que eran, apenas pudieron salvarse trescientos, quedando todos los demás ó prisioneros ó muertos, los unos á manos de los soldados, los otros á las de los campesinos que los perseguían y cazaban. Entre los prisioneros, lo fué el mismo mariscal señor de Termes, con muchos capitanes, nobles y caballeros ilustres. La célebre derrota de Gravelines (13 de julio, 1558) fué para los franceses la segunda parte de la que cerca de un año antes habían sufrido en San Quintin ⁽¹⁾.

El desastre de Gravelines obligó al duque de Guisa á acudir, con cuantos refuerzos pudo el rey proporcionarle, á la frontera de Picardía, así como permitió á Felipe II. y al duque de Saboya reunir también todas sus fuerzas y encaminarlas á la misma frontera. Los dos ejércitos, en número de más de cuarenta mil hombres cada uno, acamparon enfrente y á muy corta distancia (agosto, 1558); el del duque de Saboya cerca de Durlens, el del duque de Guisa inme-

(1) De Thou, Hist. Univ. lib. XX.—Hœrens. Anal. Brabant.—Cabrerá, Hist. de Felipe II., libro IV., cap. 24.—Leti, Vita di Filippo, p. I., lib. XIII.—Robertson, Hist. del Emperador, lib. XII.—Watson, Hist. de Felipe II., libro II.

diato á Pierre-Pont. Encontrábanse de uno y otro lado los generales más distinguidos de Felipe y Enrique II., y parecía llegado el momento de decidirse en un día cuál de los dos monarcas había de prevalecer y dar la ley á Europa. Mas luego se advirtieron síntomas de que ni unos ni otros tenían gran deseo de entrar en batalla, y la inacción en que quedaron ambos ejércitos lo dejaba bien traslucir. Era más: y es que ambos soberanos temían fiar su suerte al éxito eventual de una lid, y ambos en su interior deseaban la paz. Enrique, aunque más belicoso que Felipe, tenía los ejemplos de San Quintin y de Gravelines demasiado recientes, para que la prudencia no moderara su impetuoso carácter, y para que quisiera aventurarlo todo á la suerte de la guerra, que no se le había mostrado muy propicia. Y Felipe, de suyo no muy guerrero, deseaba también verse desembarazado de aquella lucha y dejar asegurados los Países Bajos, para volverse á España á atender á los negocios de este reino, único en que, por otra parte, él se encontraba á gusto. En medio de estas disposiciones, de que no dejaban de participar los ministros y generales de ambos, formóse en la corte de Francia una intriga que vino á facilitar la negociación de paz que interiormente apetecían uno y otro.

Por un resentimiento personal de la duquesa de Valentinois contra el cardenal de Lorena, hermano del duque de Guisa, propúsose aquella señora incli-

nar al rey Enrique á la paz, como medio para derribar de la cumbre del favor real á los príncipes de Lorena y sustituir en él al condestable Montmorency, prisionero de Felipe II., designándole al propio tiempo como el mas á propósito para sondear las disposiciones de Felipe respecto á la paz. Parecióle bien al monarca francés el plan de la duquesa, y en su virtud y por comision de los dos procedió el condestable á tratar mañosamente el asunto con el duque de Saboya. No solo halló favorablemente dispuestos á éste y al rey de España, sino que obtuvo de ellos permiso para ir á Francia y certificar de ello á su soberano. Recibió Enrique á su antiguo amigo el condestable con las demostraciones de la mas alta estimacion; con esto y con sus informes la de Valentinois acabó de decidir al rey, y el asunto fué tan adelante que uno y otro soberano nombraron sus plenipotenciarios para tratar formalmente de la paz, conviniendo en que se reunieran para conferenciar en la abadía de Cercamp, y concertándose entretanto un armisticio. Los nombrados por parte del español fueron el duque de Alba, el príncipe de Orange, el obispo de Arras, Ruy Gomez de Silva y el presidente del consejo de Estado de Bruselas; por parte del francés lo fueron el cardenal de Lorena, el mariscal de Saint-André, el obispo de Orange, el secretario de Estado Aubespine y el mismo condestable Montmorency. La Inglaterra tenia tambien sus representantes.

Antes de comenzarse las conferencias recibióse la nueva del fallecimiento de Carlos V. en Yuste (21 de setiembre, 1558). Este acontecimiento, que hacía mas necesaria la venida de Felipe II. á España, le interesaba tambien mas en la conclusion de la paz. Mas aunque todos la apetecieran, no era tan fácil convenirse en unas condiciones que pudieran conciliar los encontrados intereses de los contratantes. Duraban pues las pláticas, cuando otro suceso vió á dar nueva faz á la situacion de los negocios, á saber, la muerte de la reina María de Inglaterra (17 de noviembre), y la sucesion de su hermana Isabel en el trono de aquel reino, en ocasion que el conde de Feria, embajador de Felipe II. en Inglaterra, andaba negociando el matrimonio de Isabel con el duque de Saboya. Si para todos variaba la situacion con la muerte de la reina María, mucho mas afectaba y mas especialmente la de su esposo Felipe II. El espíritu del pueblo inglés no le era favorable, é Isabel representaba otros intereses, otra política y hasta otras ideas religiosas. Conocida la nueva reina, aunque jóven, por su sagacidad, su instruccion y su talento, asi como por su gracia y su belleza, ambos monarcas, Enrique y Felipe, procuraron á porfia interesarla en su favor, alegando antiguos méritos, haciéndole el francés las mas vivas protestas de su estimacion para separarla de la alianza con España, y ofreciéndole el español hasta la mano de esposo, comprometiéndola.

se á obtener del pontífice la competente dispensa.

Oyó Isabel con prudente circunspeccion las proposiciones de ambos reyes; mas cuando se mostraba inclinada á recibir favorablemente, aunque con la conveniente reserva, los ofrecimientos del francés, á fin de ganar un amigo sin perder un aliado, comedió Enrique la indiscrecion de permitir que su nuera la reina de Escocia tomara el título y las armas de Inglaterra. Nada pudo hacer mas á propósito para que Isabel le retirara su naciente confianza, y desde entonces se inclinó abiertamente del lado de Felipe. Y si bien en lo tocante á la estraña proposicion de matrimonio, que no era el ánimo de Isabel realizar, dió una contestacion evasiva, aunque afectuosa ⁽¹⁾, ordenó á los plenipotenciarios que nuevamente habia nombrado para las conferencias de Cercamp que obrasen en todo de acuerdo con los de España, sin dejar de darle aviso de cuanto se tratase. Felipe II. por su parte abrazó con ardor los intereses de una reina que así se conducian con él, y cuyas intenciones y miras en lo concerniente á la religion todavía sin duda no habia penetrado.

Las conferencias se trasladaron de Cercamp á Cateau-Cambresis. Ofrecíanse, como era natural, graves dificultades para llegar á un tratado definitivo que

(1) «Dixo que pensaba estar papa.» Carta del conde de Feria á Felipe II. sin casarse, porque tenia mucho escrúpulo en lo de la dispensa del

conciliase los derechos de todos, y uno de los puntos mas difíciles de resolver era la cuestion entre Inglaterra y Francia sobre la posesion de Calais recién recobrada por los franceses. Sin entrar en los pormenores de las pretensiones de cada parte en esta negociacion, durante la cual se entibió notablemente el interés de Felipe en favor de la reina Isabel, y perdió sus esperanzas de matrimonio, por la proteccion abierta que aquella comenzó á dar á los protestantes, llegóse despues de muchos debates y exageradas aspiraciones en lo relativo á Calais á adoptar un expediente que al menos al pronto pareció conciliatorio. Estipulóse pues (2 de abril, 1559) que Enrique y la Francia continuarian en posesion de aquella plaza y sus dependencias por ocho años; que al espirar este plazo la devolverian á Inglaterra, y de no hacerlo pagarian quinientas mil coronas, quedando íntegro el derecho de los ingleses á la ocupacion de Calais, todo con las correspondientes fianzas y rehenes, y con precauciones para el caso en que alguna de las partes moviese antes de aquel tiempo la guerra. Mas á pesar de todo, nadie creia en los contratantes intencion de cumplir el asiento tal como quedaba ajustado ⁽¹⁾.

Mucho habia trabajado Montmorency para llevar á su término el tratado entre España y Francia, que

(1) Rimer, Fœder.—Camden, rias de aquella nacion, y las de Anal. de Inglaterra, y otras histo- Francia.

al fin se concluyó también al otro día (3 de abril) bajo las condiciones siguientes:—Buena y perpétua amistad entre los dos monarcas, sus sucesores y súbditos; mútua libertad de tráfico en ambos reinos, y reposición á cada uno en sus privilegios y bienes:—Confirmación de los antiguos tratados y confederaciones, en cuanto fueran compatibles con el presente:—Compromiso recíproco de defender la Santa Iglesia Romana y la jurisdicción del concilio general:—Que el rey de España devolvería la ciudad de San Quintin, Ham y Chatelet, y el de Francia restituiría Thionville, Marienburg y otras plazas que habían pertenecido al español, en el estado que se hallasen y sacando cada uno su artillería:—Hesdin y su territorio se reincorporarían al antiguo patrimonio del rey de España, y se devolvería al mismo el condado de Charolais:—Que lo que uno y otro poseían en el marquesado de Montferrato se devolvería al duque de Mantua; Córcega á los genoveses, y Valenza de Milan al rey de España:—Que Felipe II. casaría con la princesa Isabel, hija de Enrique II. de Francia, no obstante haberse tratado el matrimonio de esta princesa con el príncipe Carlos, hijo de Felipe:—Que el duque de Saboya tomaría por esposa á Margarita, hermana del rey Enrique:—Que el francés volvería al de Saboya todo lo que le había ocupado en su país, á escepción de algunas ciudades que se designaron, hasta que se arreglaron ciertas diferencias:—Que la misma paz con to-

dos sus artículos serviría para el delfin de Francia y para el príncipe Carlos de España:—Que en ella serían comprendidos los amigos de los monarcas contratantes y el príncipe de Orange sería completamente repuesto en su principado ⁽¹⁾.

Tales fueron las condiciones del célebre tratado de paz de Cateau-Cambresis, que parecía restablecer la tranquilidad de Europa y dirimir las sangrientas contiendas de cerca de medio siglo entre Francia y España. Lleváronlo muy á mal los franceses, mirando como una afrenta y un desdoro nacional la cesion de cerca de doscientas ciudades que su rey poseía en Italia y en los Países Bajos, á cambio de las tres pequeñas plazas de San Quintin, Ham y Chatelet que se devolvían á su nación, y quejábanse amargamente de la debilidad de Enrique en haber suscrito una paz que algunos calificaron de la más miserable y vergonzosa para la Francia que se hubiera visto jamás en el mundo ⁽²⁾. En cambio pocas veces las naciones

(1) Colección de Tratados, tomo II.—Recueil des Traités de paix, trèves, etc. Amsterdam, 1700, tom. I.

(2) Amelot de la Houssaie, en sus Observaciones á este tratado, dice: «En fin, se concluyó la paz á principios de abril, pero con condiciones tan desventajosas para la Francia, que no hubiera podido exigir otras Felipe II. si hubiera estado en París. Baste decir, que por tres ciudades que volvió en Picardía, á saber: Ham, el Chatelet y San Quintin, le dió Enrique

498 en Flandes, el Piamonte, Toscana y Córcega. Cosa vergonzosa, y que ha marchitado la memoria de Enrique II. con eterno oprobio. Si el procurador general del Parlamento de París había protestado en 1529 contra los tratados de Madrid y Cambray, y el canciller Olivier contra el de Crespy, todos los parlamentos de Francia tenían derecho de protestar de nulidad contra la paz de Cateau-Cambresis, que debilitaba mucho más el reino que lo había hecho la pérdida de las batallas de San Qui-

cristianas, casi todas comprendidas en el tratado, han recibido y celebrado con mas júbilo un concierto que les restituía el sosiego que todas necesitaban y apetecían.

El rey Enrique II. fué el primero que, á pesar de las murmuraciones de sus súbditos, dió el ejemplo de cumplir fielmente los compromisos que por el pacto habia adquirido. El duque Filiberto de Saboya se trasladó inmediatamente á París con numerosa comitiva á celebrar sus bodas con la princesa Margarita; y el rey Felipe II. envió tambien al duque de Alba con espléndido acompañamiento para que se desposase en su nombre con la jóven princesa Isabel. Pareció haberse querido borrar el disgusto de la Francia por este tratado con el brillo de las fiestas que se dispusieron para solemnizar las bodas, que al fin tuvieron un trágico remate. Entre otras diversiones hubo un soberbio torneo, á que asistió toda la córte y en que tomó parte como caballero el rey Enrique II. y rompió con aplauso general dos lanzas. Restábale la tercera, para la cual tuvo la fatal inspiracion de excitar al conde Montgomery, su capitan de guardias, á justar con él. Resistíase el conde, como por otra inspiracion mas feliz, pero instado con empeño por su soberano salió con él á la liza. Arremetiéronse los dos combatientes, con tan mala suerte para el rey, que pene-

tin y Gravelines, puesto que la *Recueil des Traités de paix*, to-
Francia perdía en un dia lo que mo I., pág. 33.
había ganado en treinta años.»

trando la lanza de su adversario por la abertura de su visera, entrósele por un ojo hasta el cerebro; cayó el rey moribundo y sin conocimiento, y sin que le alcanzase remedio humano murió á los pocos dias (10 de Julio, 1559), precisamente en el que se cumplía el segundo aniversario de la famosa derrota de San Quintin. Sucedióle en el trono su hijo Francisco II., jóven de diez y seis años, y tan débil de cuerpo como de espíritu.

A poco tiempo de este suceso terminó tambien su turbulento pontificado el papa Paulo IV (18 de agosto, 1559). De manera que en un breve período desaparecieron de la escena, como nota un historiador, casi todos los personajes que desempeñaron los principales papeles en el gran teatro de Europa. Es ciertamente digno de observarse que en menos de un año (del 21 de setiembre de 1558 al 18 de agosto de 59) cayeran bajo la guadaña de la muerte soberanos, príncipes y personajes de tanta cuenta como el emperador Cárlos V., sus dos hermanas las reinas de Francia y de Hungría doña Leonor y doña María, dos reyes de Dinamarca, Cristian y Cristerno, la reina María de Inglaterra, Enrique II. de Francia, el papa Paulo IV., el dux de Venecia, el duque de Ferrara y varios príncipes electores del imperio. Esto solo hubiera bastado para dar un nuevo giro á la política y á las relaciones de los príncipes de Europa entre sí, cuanto mas agregándose los importantes

tratados de paz celebrados últimamente entre las principales potencias.

Felipe II. despues de la de Cateau-Cambresis pudo ya dedicarse á dejar organizado el gobierno de los Países Bajos para realizar su apetecido regreso á España, que anhelaban también sus pueblos, según luego habremos de ver. Al efecto distribuyó los gobiernos de las diez y siete provincias que constituían los Estados de Flandes, premiando con ellos á los nobles flamencos que mejor le habían servido en las anteriores guerras; encomendó el Luxemburgo al conde de Mansfeld; el condado de Flandes y su confinante el Artois al conde de Egmont; la Flandes francesa á Juan de Montmorency, señor de Montigny; la Holanda, Zelanda y Utrech al príncipe de Orange Guillermo de Nassau; la Frisia Occidental al conde de Aremberg; y así las demas. De estos próceres los mas notables y los mas beneméritos eran, el conde de Egmont, á quien se debía en gran parte la victoria de San Quintín, y muy principalmente la de Gravelines, y el príncipe de Orange, que además de su esclarecida estirpe y de sus grandes estados en Alemania y en Flandes había hecho importantes servicios y por muchos años, ya en calidad de consejero, ya de capitán y lugarteniente general, así á Carlos V. como á su hijo Felipe ⁽¹⁾. Para el gobierno eclesiástico de

(1) Archivo de Simancas, Secretarías provinciales, leg. 2.604.—Correspondencia de Felipe II. sobre los negocios de Flandes, publicada por Mr. Gachard, tomo I., p. 183, 184.

aquellos estados, y ejercer en ellos mas influencia, y á fin de poder contrarestar mejor el espíritu de la reforma protestante que comunicada de la Alemania se hallaba difundida por los Países Bajos, aumentó Felipe las sillas episcopales, y de cuatro solos obispados que había hizo tantas diócesis como eran las provincias, y las proveyó en eclesiásticos de su confianza, todos conocidos por sus ideas puramente católicas (mayo, 1559); que fué una de las novedades que disgustaron mas á los flamencos ⁽¹⁾.

Resuelto el rey á venir á España, pensó también en la persona á quien había de encomendar la regencia y gobierno general de aquellos estados. Si se hubiera consultado el parecer y el voto de los flamencos, sin duda le hubiera dado al conde de Egmont ó al príncipe de Orange. Mas no estando en este ánimo el monarca, ponía el de Orange todo su interés y ahinco en que fuera nombrada la duquesa de Lorena, con cuya hija pensaba casarse, prima que era del rey don Felipe, una de las que habían negociado la paz de Cambray, y por lo tanto muy querida de los flamencos. Pero temió el rey la vecindad, las relaciones y afinidades de la casa de Lorena con la Francia, y atendidas estas y otras consideraciones, decidióse Felipe por su hermana natural Margarita de Austria, la

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 518 y 519, donde se halla la copia de la bula de Paulo IV. para la erección de estos nuevos obispados.—Estrada, Guerra de Flandes, Decada I., lib. 4.º

hija mayor de Carlos V., duquesa de Parma entonces, de quien se prometía que había de ser bien recibida, así por haber nacido en Flandes, como por ser hija del emperador, á quien los flamencos habían sido siempre tan adictos, y de la cual fiaba más el rey por ser su hermana y por estar los estados de Parma circundados de dominios españoles, y además accedía la princesa á enviar á España su hijo Alejandro, para que estuviese en poder del rey como prenda de seguridad.

Convocó, pues, Felipe los estados generales de Flandes en Gante, y dióles á reconocer por gobernadora á la duquesa de Parma su hermana (agosto, 1559), señalándole como subvención de su cargo treinta y seis mil ducados de oro anuales. Además de los consejos de estado, justicia y hacienda que habían de asistir á la gobernadora, instituyó el rey otro consejo privado de que nombró presidente al obispo de Arras Antonio Perrenot de Granvela, el hombre de la confianza del rey, como lo había sido de la del emperador. En las instrucciones públicas y secretas que Felipe dió á su hermana le recomendó muy especialmente el punto de la religión y la vigilancia sobre los herejes. Respondió al rey á nombre de los estados el diputado de Gante Baulutio, y sin dejar de prometer la debida obediencia al rey y á la gobernadora, le suplicaba que sacase de Flandes las tropas extranjeras, y que no hubiera tampoco extranjeros en los consejos

de las provincias. El rey dió buenas esperanzas de que lo cumpliría así al cabo de algunos meses, y despedida la asamblea, partió de Gante á Zelanda, y embarcándose en Flesinga (20 de agosto, 1559), llegó á España sin contratiempo, arribando el 8 de setiembre al puerto de Laredo ⁽¹⁾.

(1) Carta del rey á la duquesa de Parma, el 8 de setiembre, dándole noticia de su arribo.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 319. Al día siguiente del desembarco se levantó tan terrible borrasca, que destruyó una buena parte de la flota, pereció mucha gente, y se asegura haberse perdido una hermosa colección de cuadros, estatuas y otros objetos artísticos de gran mérito, que el emperador había reunido en Italia y Alemania.